

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

La araucania en el imaginario de autoridades, empresarios e intelectuales chilenos y dirigentes mapuches.

Pinto Rodríguez, Jorge (Universidad de la Frontera, Temuco, Chile).

Cita:

Pinto Rodríguez, Jorge (Universidad de la Frontera, Temuco, Chile). (2007). *La araucania en el imaginario de autoridades, empresarios e intelectuales chilenos y dirigentes mapuches. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/871>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA ARAUCANIA EN EL IMAGINARIO DE AUTORIDADES, EMPRESARIOS E INTELLECTUALES CHILENOS Y DIRIGENTES MAPUCHES

Jorge Pinto Rodríguez
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de la Frontera
Temuco

Aunque Chile decidió ocupar la Araucanía al promediar el siglo XIX y avanzó resueltamente hacia los territorios mapuche, utilizando todos los recursos disponibles a su alcance, las opiniones respecto de lo que estaba haciendo el gobierno no siempre coincidieron. Hubo hacia la región distintas miradas, matizadas por intereses de grupos y evaluaciones que se hicieron desde que se inició el proceso. De algún modo, aquellas diferencias reflejan las dificultades que tuvo el país para alcanzar un consenso sobre sus acciones en la Frontera, diferencias que aún se mantienen en el antiguo territorio mapuche.

Mientras el gobierno y los empresarios vieron en los campos de la Araucanía territorios cuya producción agrícola permitiría enfrentar exitosamente la crisis de 1857, los intelectuales abrieron un intenso debate acerca de la legitimidad de sus acciones. Convencidos algunos que la civilización debía extenderse sin miramientos hacia la Frontera, otros cuestionaron el empleo de la violencia contra un pueblo del cual éramos sus más orgullosos descendientes. Ese debate no logró, sin embargo, contener los ímpetus de quienes decidieron ocupar la región, causando un enorme daño material y moral a sus antiguos pobladores. Por eso mismo, la voz de los mapuche se levantó desde entonces para protestar por los abusos cometidos en tierras que ancestralmente les habían pertenecido.

En las páginas siguientes nos proponemos reflexionar acerca del impacto que tuvieron y siguen teniendo aquellas acciones y como quedaron registradas en la memoria de la gente.

* * * * *

A fines del siglo XIX Isidoro Errázuriz, diputado y Ministro de Estado, creyó que en la vieja frontera surgiría una comunidad integrada por tres razas: el chileno, el araucano y el colono extranjero. Como un crisol, se forjaría allí un tipo humano que aportaría con su empuje, valentía y laboriosidad el carro del progreso. Chile sería mejor gracias a una alianza que nuestro Estado consolidaba después de cuatro siglos de desencuentros¹. Eran los años en que el Presidente Balmaceda acudía a la Frontera a inaugurar el viaducto del Malleco, obra formidable de la ingeniería decimonónica. El orgullo del presidente desafió la prudencia. “La ciencia y la industria modernas, dijo el domingo 26 de octubre de 1890, tienen un poder capaz de someter todos los elementos de la naturaleza... Hoy invadimos el suelo de aquellos bravos (araucanos) no para incendiar la montaña, ni para hacer cautivos, ni para derramar la sangre de nuestros hermanos” lo hacemos para llevar población, educación y capital, las palancas del

¹ Isidoro Errázuriz *Tres razas*. Imprenta La Patria, Valparaíso, 1892.

progreso². Y un franciscano, encendido su ánimo por el notable espectáculo que se presentaba a sus ojos, no dudaba en reconocer que la cruz del Redentor junto a la locomotora y la espada del heroico soldado chileno, daban al fin “con la solución del problema que por espacio de tres siglos venía buscando el misionero entre los hijos de Marihueno”.³ La paz había llegado a la Frontera y junto a la paz, el crisol de la nueva alianza: chilenos, mapuches y colonos extranjeros unidos en su marcha hacia el progreso.

Cien años más tarde, la prensa regional y los diarios de Santiago, anunciaban alarmados el alto grado de violencia que alcanzaban las movilizaciones mapuche en región. Tomas de caminos, incendios de propiedades agrícolas, presencia masiva en Temuco de comuneros mapuche reclamando reivindicaciones, según ellos, después de un siglo de opresión por parte del Estado daban cuenta de aquella agitación. Algunos, los más alarmistas, vieron en estas manifestaciones una clara amenaza al Estado y un serio peligro a la unidad nacional, dos grandes logros alcanzados por el país en sus casi 200 años de vida independiente. El Gobierno reaccionó con prontitud: a poco de iniciarse las movilizaciones dio forma a la “Comisión Verdad y Nuevo Trato” que se abocó a la tarea de buscar una salida al conflicto. En la Araucanía las opiniones eran unánimes. Si Chile no daba respuesta a las demandas mapuche o no controlaba la situación, el destino de la región era muy incierto. Amenazas de retirar las inversiones privadas, proyectos de desarrollo amagados, desconcierto entre algunas autoridades regionales y, por sobre todo, un clima de agitación que la prensa difundió largamente. Se llegó a pensar en la presencia de activistas extranjeros y de una conexión entre las movilizaciones mapuche y los sucesos de Chiapas. Los fantasmas de los años previos a la ocupación aparecían de nuevo en la vieja Frontera, ciento cincuenta años más tarde.

Lejos de la contingencia y respondiendo a demandas de distinta naturaleza el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, entregaba, por esos mismos días, cifras tan preocupantes como desalentadoras. Éramos la última región del país según los indicadores que miden el progreso. En educación los niveles de avances nos colocaban a enorme distancia de otras regiones, en competitividad oscilamos entre el lugar 11 y 13, en un país con 13 regiones y en inversiones y confiabilidad en las autoridades las señales eran más o menos parecidas. La modernidad parecía no haber llegado a esta parte de Chile, a pesar de los presagios tan optimistas del siglo XIX.

¿Qué pasó en cien años para que esto ocurriera? ¿Por qué no se cumplieron los vaticinios de quienes invadieron la Araucanía? ¿Por qué el progreso y la modernidad no se instalaron en la región? ¿Qué hizo fracasar los proyectos de Balmaceda y la clase política que gobernó Chile a fines el siglo XIX? Sobre esto quisiera reflexionar esta tarde desde mi condición de historiador.

Desde luego quisiéramos adelantar una hipótesis. En nuestra opinión, uno de los grandes fracasos del Estado fue no haber sido capaz de configurar en la región una identidad colectiva que empujara el carro del desarrollo, respetando una diversidad que se invisibilizó hace poco más de un siglo. El Estado atomizó a la sociedad regional y esa atomización impidió que fraguara el crisol que imaginó Isidoro Errázuriz. La ausencia de un sentido pertenencia común y de aspiraciones colectivas que se sobrepusieran a las

² Jorge Pinto. *La Formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche*. Dibam, Santiago, 2003, pp. 201-2002.

³ *Ibidem*.

demandas sectoriales, se convirtió en una debilidad que la región no ha podido superar. Chilenos, mapuches y colonos extranjeros siguieron alimentando recuerdos propios que mantuvieron fragmentada la memoria e impidieron construir una historia y un destino comunes. Para probarlo quisiera volver a esos recuerdos, partiendo desde los primeros años de la República.

Don Francisco Antonio Pinto, Presidente de la República en 1828, recordaba en su vejez los años de la infancia en que evocaban con orgullo las heroicas hazañas de araucanos y españoles, de quienes se sentían compatriotas y descendientes⁴. Otros testimonios de la misma época permiten presumir que los fundadores del Estado se inspiraron en el mapuche para pensar la Nación. De ellos, de su aprecio por la libertad, de su irrenunciable defensa del territorio y de un heroísmo sin límites, el pueblo chileno heredaba los valores con que nacía a la vida independiente. La Logia Lautaro, El Monitor Araucano, Las Cartas Pehuenches y la presencia de todas las invitadas al baile de gala organizado por el gobierno el 18 de septiembre de 1811 vestidas de araucanas, demuestran que en la memoria de los chilenos el pueblo mapuche estaba presente. Sin embargo, no se trataba de cualquier mapuche. Los fundadores del Estado y la Nación rescataron de los tiempos más remotos de nuestra historia a ese mapuche heroico que rechazó en el siglo XVI al invasor español. Tempranamente se instaló en nuestra memoria la imagen de ese valeroso guerrero dispuesto a sacrificar la vida en defensa de la libertad.

Por esa misma época, los mapuches evocaban, en cambio, otros recuerdos. No habían olvidado a sus héroes; sin embargo, el mundo colonial se les presentaba a través de otras imágenes. Quillín, las paces que sentaron las bases del entendimiento entre huincas y mapuche, marcó un hito que quedó fuertemente grabado en su memoria. Por extensión, los parlamentos fueron recordados como las ceremonias políticas más importantes, ordenadoras de acciones y procesos. En un mundo fronterizo, de relaciones armónicas y complementarias, los parlamentos constituyeron un registro que el pueblo mapuche conservó intacto en la memoria. Por esta razón, resistieron la Independencia y se negaron a sellar pactos con las nuevas autoridades. Hacerlo habría significado cometer una deslealtad que el honor impedía. Mariluán y Manguin se lo hicieron saber con toda claridad a quienes buscaron atraerlos a la causa de los llamados patriotas⁵. El propio Mariluán temía, además, que nuevas alianzas pusieran en peligro su libertad⁶. De este modo, mientras los chilenos evocaban al guerrero del XVI los mapuches recordaban los pactos en que se congregaban de nación a nación a dirimir las diferencias. Desde la génesis de la historia nacional, en la vieja Frontera se configuran dos memorias sustentadas en bases que no coincidían.

Las cosas se complicaron al promediar el siglo XIX. Se produjo entonces un vuelco en los intelectuales y la clase política chilena sin precedentes. Súbitamente y al calor de las influencias del positivismo, descubren varias cosas: primero, que el mapuche constituye un grupo distinto al chileno; segundo, que ese grupo está constituido por una horda de salvajes, animales de rapiñas, que acosan al país; tercero

⁴ Memorias de de F. A. Pinto. Citadas por Fernando Casanueva, "Indios malos en tierras buenas". En Jorge Pinto y otros, *Modernización, Inmigración y mundo indígena*, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco, 1998.

⁵ Las expresiones de Francisco Mariluán y Juan Manquen en Mariano Torrente. *Historia de la Revolución en Chile (1810-1828)*. Imprenta Cervantes, Santiago, 1900, tomo III, pp. 384-385

⁶ En Claudio Gay. *Historia Física y Política de Chile, Historia*, tomo VIII, p. 304.

que la supuesta valentía que se les atribuyó en los años de la Independencia no era tal. Y de aquellas convicciones se pasa a una propuesta de acción: hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. “Los hombres, decía un articulista de *El Mercurio* de Valparaíso en 1859- no nacieron para vivir inútilmente y como los animales selváticos ... y una asociación de bárbaros tan bárbaros como los pampas o como los araucanos no es más que una horda de fieras, que es urgente encadenar o destruir en el interés de la humanidad y en bien de la civilización”⁷.

Los chilenos que así pensaban volvieron su mirada a la memoria, es decir, a la Historia. Uno de ellos, don Benjamín Vicuña Mackenna, sostuvo que con los mapuche no se podían pactar acuerdos porque su experiencia de historiador demostraba que estaban condenados al fracaso: con pueblos que sólo practican la rapiña nada se puede lograr, concluía Vicuña Mackenna. Y don Crescente Errázuriz, otra figura importante de nuestra historiografía, ponía en duda que el valor de Lautaro pudiera generalizarse al resto del pueblo mapuche. Nosotros, decía Errázuriz, descendemos de los conquistadores españoles y ninguno de los padres de la patria, que lucharon por nuestra libertad, tiene entre sus ascendientes a un indígena. Al indio hay que exterminarlo y ocupar sus tierras. Como dijo otro historiador, don Diego Barros Arana, se trataba de indios malos en tierras buenas.

Este fue un registro muy potente que labró el camino por donde transitará la memoria chilena frente al indígena. Un memoria que lo desplazó al olvido para reemplazarlo por el “roto”, cuyos valores y defectos corresponden mejor a la figura popular que aquellos intelectuales instalan en la memoria nacional. No quiero ir más lejos de lo que la prudencia recomienda y el respeto que exigen los símbolos nacionales, pero me atrevería a sugerir que el “roto” termina siendo un sujeto más controlable, un mestizo que podría someterse más fácilmente a los mecanismos de disciplinamientos que quieren imponer aquellos que promueven el progreso de Chile. El fracaso frente al mapuche pudo llevarlos a crear un nuevo sujeto nacional, un nuevo protagonista de nuestra historia, al nuevo héroe colectivo, más dócil a los intereses de quienes gobiernan el país desde Santiago.

Pero mientras los chilenos instalan aquellos registros, en la otra orilla de la Historia, los mapuches de la Frontera posicionan otros. “Aunque nos llaman bárbaros, decían algunos lonkos, conocemos lo que es justo”⁸. Lo único que persiguen los huincas, agregaban otros, es quitarnos nuestras tierras. “Se nos ha reunido para tratar la paz y ahora nos salen con que prestemos tierras para colocar soldados: ¡esto es imposible! Un caballo, una yunta de bueyes, una vaca pueden prestarse; pero tierras no”⁹, concluían los caciques. Un sentimiento de agresión cobra fuerza en las comunidades mapuche. De violación e indefensión a la vez.

Los soldados, decía Mañil, en 1861, volvieron a pasar el Bio Bio para robar nuestros bienes “y todo lo que han hecho fue quemar casas, sembrados, hacer familias cautivas quitándoles de los pechos sus hijos a las madres que corrían a los montes a esconderse ...”¹⁰. Se trata de una agresión sin precedentes, de una guerra sin cuartel, reconocida incluso por Cornelio Saavedra, el militar que conducía las tropas en

⁷ “La Civilización y la barbarie”. *El Mercurio* de Valparaíso, 25 de junio de 1859.

⁸ Jorge Pinto. *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche*. Dibam, Santiago, 2003, p. 179.

⁹ *La Tarántula* de Concepción, N° 584, 7 de diciembre de 1867.

¹⁰ *Ibidem*.

la Frontera. El propio Mañil le previno a las autoridades chilenas que si eso seguía ocurriendo, nadie podría contener a los conas y entonces, concluía Mañil, “no se cual de los dos campos quedará más ensangrentado”¹¹.

No todos trataron de contener la agresión con la fuerza. Algunos intentaron dialogar o sensibilizar al invasor para evitar la violencia. Así mismo, hubo chilenos que trataron de impedir el empleo de la fuerza contra el mapuche; sin embargo, fue muy poco lo que lograron. “Lo que vais a leer son unas cuantas verdades bien amargas”, escribía Manuel Manquilef en 1915, al recordar aquellos sucesos. Oprimidos con leyes propias para un pueblo de esclavos, soportando el duro peso de la injusticia y arrebatadas sus riquezas, “son hoy ... miserables víctimas del gobierno y la sociedad en que viven. ¿Cómo es posible que un gobierno republicano como el de Chile haya procedido así? ¿Por qué y como ha conseguido destruir a esta raza fuerte y valerosa que entró a formar parte de la República, no como pueblo conquistado, que jamás lo fue, sino en virtud de solemnes tratados?”¹² El gobierno de Chile violó esos tratados y rompió sus promesas”, concluía Manquilef en los albores del siglo XX, y un periodista de la capital que escuchó a los huilliches en Coz Coz, en 1907, se refirió a este encuentro como una “audiencia de horrores”, en la que se describe la forma como se los engaña, se les roba, se les flagela y se les asesina¹³.

Desde entonces se abrió una herida que separó las aguas. Sabemos que todas las sociedades tienen memorias fragmentadas. Diferencias de género, clase, edad, experiencia de vida, etc. impiden que hombres y mujeres recuerden lo mismo. Sin embargo, en la Araucanía la ocupación de la Frontera aumentó la distancia entre la historia que recuerdan los chilenos y aquella que evocan los mapuche. Para los primeros, comenzaba el sueño de construir una nueva humanidad; para los segundos, un capítulo de la historia marcado por la violencia, el abuso y la injusticia. El recuerdo de los tiempos en que pastaban sus ganados en las praderas del sur, libres y dueños de la tierra, dio paso a una realidad que provoca ira y anida rencores. Un poeta los describió huraños y recelosos, errando ahora por campos ajenos, en sus propias tierras. Y Gabriela Mistral denunció el despojo sin tapujos, reconociendo su derrota, pero augurando un retorno victorioso.

Una región cuyos sujetos sociales construyen su historia a partir de recuerdos tan disímiles difícilmente podrá compartir en el futuro un proyecto común. Y a esto habría que agregar que las cosas para el colono extranjero tampoco fueron fáciles. Favorecido al comienzo por las políticas del Estado, poco a poco la vida de muchos no varió demasiado con relación a la del ocupante nacional y del propio mapuche. Nuestros textos solo recuerdan las experiencias exitosas de aquellos que tuvieron suerte; pero olvida a los cientos de italianos, españoles y suizos, por nombrar algunos, que terminaron confundidos con la masa de campesinos y mapuches, pobres e indefensos en la Frontera. El Estado, en mi opinión, atomizó la sociedad regional, mantuvo

¹¹ *Ibíd.*

¹² Manuel Manquilef. *¡Las Tierras de Arauco!* Imprenta y Encuadernación Modernista, Temuco, 1915

¹³ Aurelio Díaz Meza. “En la Araucanía. Breve relación del último Parlamento araucano de Coz Coz en 18 de enero de 1907”. En Carmen Arellano, Herman Holzbauer y Roswitha Kramer (eds). *En la Araucanía. El padre Sigifredo de Frauenhäusl y el Parlamento mapuche de Coz Coz de 1907*, Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt, Madrid, 2006, pp. 195-250.

fragmentados los registros y divididas las memorias. Hay aquí una pista para entender por qué el crisol de Isidoro Errázuriz no fraguó.

A lo largo de todo el siglo XX la comunidad nacional ha intentado corregir los errores del XIX, pero sus éxitos han sido escasos. A fines de la primera década una Comisión Parlamentaria se propuso contener los abusos cometidos contra el pueblo mapuche; el gobierno intentó también apoyar a los colonos extranjeros y a los colonos nacionales, hubo planes de desarrollo, proyectos educacionales, políticas sociales; sin embargo, pocos se percataron que en la Araucanía seguían subsistiendo dos o tres comunidades diferentes, étnica y culturalmente distintas y que el reconocimiento de esas diferencias era clave para impulsar el desarrollo regional. Chilenos, mapuches y colonos extranjeros seguían operando con sus propios códigos, aferrados a viejas tradiciones y costumbres que no olvidaban. Muchas veces he caído en la tentación de comparar lo que ocurrió en el sur con lo ocurrido en el norte. Ambas regiones fueron incorporadas al Estado nacional en la misma época, en ambas se inició un proceso de “chilenización” que buscaba construir horizontes comunes a través de una memoria colectiva que concediera una identidad válida para todos. Allá, en el norte, del obrero salitrero, surgió una identidad pampina que cubrió a segmentos muy importantes de la población. Pudo ser aquella identidad el punto de partida de una conciencia colectiva que facilitó la cohesión, a pesar de las diferencias de clases y aún étnicas que se mantienen en Tarapacá y Antofagasta. En la Frontera, este proceso no se dio.

Por los años 30 del siglo XX la región empezó a experimentar los efectos negativos de una recesión económica que se extendió por varios años. Empujados por la crisis miles de mapuche tuvieron que partir a Concepción, Santiago o Valparaíso. Con ellos viajó también una identidad que en aquellos lugares siguió siendo castigada y negativamente discriminada. Muchas de esas experiencias volvieron a la Frontera reforzando la convicción que ser mapuche no es lo mismo que ser chileno. Para los que se quedaron en la Frontera, la pobreza arreció. De acuerdo a estudios recientes, en esa época no pararon de perder sus tierras, quedando al final reducidas a no más del 12 % de lo que antes poseían¹⁴. Muchos tuvieron que trabajar, como mano de obra asalariada para los propios latifundistas que se las habían quitado. La humillación, la frustración y la ira, escribe una historiadora que estudió la comunidad de Aillio, se extendió por los campos de la Araucanía, depositando en la memoria sentimientos que en nada contribuyen a generar una identidad común¹⁵.

En los años 60 se insinuó la posibilidad de recuperar las tierras. Fueron los años de la utopía. Sin embargo, al examinar los hechos con más frialdad se puede concluir que hubo varios ajustes de cuentas. Las corridas de cercos fueron para muchos jóvenes chilenos, ansiosos de construir un mundo mejor, la oportunidad de avanzar hacia una repartición más justa de la tierra. Para ellos, se trataba de resolver el problema de un campesinado empobrecido por un capitalismo voraz que los había sumido en la miseria. Para los mapuches, en cambio, tuvo otro significado. Era la oportunidad de recuperar las tierras que tan injustamente les habían robado. Eso poco se entendió en los años 70. Aunque la población mapuche se vio cada vez más involucrada en los procesos reformistas y revolucionarios de la sociedad chilena, sus aspiraciones corrían por cauces distintos. En la Araucanía existía un problema propio del capitalismo periférico,

¹⁴ Martín Correa, Raúl Molina y Nancy Yáñez. *La Reforma Agraria y las Tierras Mapuches, Chile 1962-1975*. LOM, Santiago, 2005, p. 55.

¹⁵ Florencia Mallon. *La sangre del copihue*. LOM, Santiago, 2004, p. 67

como lo ha sugerido Alejandro Saavedra¹⁶; pero subsistía, sin duda, un problema étnico-nacional que en aquellos años no se percibió y que últimamente han destacado José Bengoa, Rolf Foerster, Jorge Iván Vergara y José Manuel Zavala, entre otros¹⁷.

La dictadura siguió golpeando al pueblo mapuche, aunque también golpeó a toda la comunidad regional. La imposición del modelo neoliberal y la globalización encontraron a la región en muy mal pie. Muchas veces he tenido la impresión que la Frontera vivió en el siglo XX contra la historia. La ocupación se produjo para sostener un modelo exportador que se derrumba casi en los momentos mismos en que termina ese proceso. Modelo exportador en la Araucanía cuando en Chile se imponía la industrialización. Cuando la industrialización empezaba a cobrar fuerza en la región, Chile gira otra vez a las exportaciones y, entonces, de nuevo a rehacer el camino. Todo esto en el marco de una economía agraria que ha tenido enormes dificultades para acomodarse al capitalismo que se instala en Chile. Pues bien, al conflicto mapuche se agrega en los últimos años un sentimiento de postergación en toda la comunidad regional frente a las políticas centralistas de todos los gobiernos del siglo XX, que cautelan casi exclusivamente los intereses de Santiago.

A la memoria fragmentada se agrega un resentimiento colectivo que se respira en la Frontera, la única que dijo sí cuando todo Chile dijo no; la única que apoya a un candidato cuando todo el país apoya a otro; la única que ha dado forma a un movimiento federalista que en otras partes no se expresa como en el sur. A veces hemos llegado a pensar que su gente, más que en ninguna otra región de Chile, arrastra un pasado que dejó sabores muy amargos que ha impedido descubrir fuerzas que la cohesionen y la empujen a un mundo menos conflictuado. Sin embargo, no quisiéramos transmitir sólo esta percepción. La historia podría dejarnos otras impresiones si fijamos la atención en experiencias más exitosas. En la Colonia huincas y mapuches lograron acuerdos que aseguraron la paz y permitieron avanzar a través una complementariedad que favoreció a los dos mundos que coexistían en la Frontera. Esa fase de la historia fronteriza, que hoy día parece tan lejana, podría dejarnos enseñanzas muy útiles para los tiempos que vivimos.

Si exploramos, además, otras historias regionales de Chile podríamos recoger experiencias distintas. En el Norte Chico, aquella región que colinda con las tierras que están al sur de Tucumán, y desde vinieron algunos conquistadores que recorrieron estas tierras, los peones, hombres y mujeres, tuvieron que enfrentar condiciones muy difíciles. Sobreexplotados y mal alimentados, sus existencias fueron comparadas con la de los deportados en Siberia. Otros testigos hablaron de una tierra demonizada en media de la cual asomaban los peones cargando el peso de una vida abrumadora. Errantes por naturaleza, hombres y mujeres se descolgaban de los valles para acudir a las faenas mineras cuando el oro o la plata mostraban su esplendor o volver a las haciendas cuando la veta se esfumaba. La vida se agotaba rápidamente; sin infancia, la adultez llegaba a

¹⁶ Alejandro Saavedra. *Los mapuches en la sociedad actual chilena*. LOM, Santiago, 2002.

¹⁷ José Bengoa. *La comunidad perdida*, Ediciones Sur, Santiago, 1996; Rolf Foerster y Jorge Iván Vergara, "Los mapuche y la lucha por el reconocimiento en la sociedad chilena". En *XII Congreso Internacional de Derecho Consuetudinario y pluralismo Legal*, Arica, 2000; Jorge Iván Vergara, "La cuestión nacional y el rol del Estado en los procesos de integración en el debate latinoamericano y chileno". En *Revista de la Academia*, N° 5, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 2000, pp. 127-168; y José Manuel Zavala, "La interculturalidad desde una perspectiva etnohistórica en el contexto mapuche". En Mario Samaniego y Carmen Gloria Garbarini (compiladores). *Rostros y fronteras de la identidad*, Pehuén, Temuco, 2004, pp. 15-26.

los 10 años y la muerte se precipitaba antes de los 30, si un accidente o una pendencia no la apagaba antes. Así y todo, las fuentes muestran hombres felices, creativos, trasgresores, capaces de crear sus propios estilos de vida y, sobre todo, solidarios. En la placilla o en sus ranchos daban rienda suelta a las pasiones y al disfrute de la vida. En su imaginación la posibilidad de dar con un “brillo” siempre iluminó sus vidas. Podía ser la veta de un socavón, un trabajo ocasional o simplemente el amor descubierto en el recodo de un camino. El “brillo” siempre marcó la vida de estos hombres y mujeres.

Eso mismo podríamos descubrir en la Frontera. Hombres y mujeres marchando tras un “brillo” que permita superar frustraciones individuales y colectivas. Rescatar una memoria que permita confiar y crecer unidos. A pesar de todas las agresiones, injusticias y humillaciones, encontrar los “brillos” del Norte Chico e iluminar los días grises del invierno con el recuerdo de lo que hicieron tantos hombres y mujeres por superar los desencuentros. Últimamente, Elicura Chihuailaf se ha empeñado en construir puentes. Sus recados confidenciales nos invitan a serenas reflexiones. Si se pudiera acompañarlo en su intento, sin olvidar el pasado, asumiendo las memorias fragmentadas, a lo mejor la vieja frontera florecería con más esperanzas y el Chile del Bicentenario como un país capaz de respetar la diversidad y los intereses regionales. Si en Santiago se conociera mejor las historias regionales, nos aproximaríamos un poco más a la justicia y a esa felicidad tan esquiva que huincas y mapuche buscamos con tanto ahínco.